

LA IMITACIÓN DE ÉXITOS YA CONOCIDOS

Copyright © 2023 by Malka Older

Primera edición, septiembre 2023

© Arte y diseño de la cubierta de Raquel Jordana Vicente

© Traducción de Carla Bataller Estruch y Malka Older

Corrección de Laura Soriano

Maquetación de Pilar Caballero

© Edición de Crononauta

www.crononauta.es

info@crononauta.es

ISBN: 978-84-126617-4-3

Depósito Legal: SE 1731-2023

Impreso en Safekat (Madrid) / Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. (www.conlicencia.com).

MALKA OLDER

LA IMITACIÓN DE ÉXITOS YA CONOCIDOS

Traducción de
Carla Bataller Estruch y Malka Older

Corrección de
Laura Soriano



Para Calyx, Paz, Azul

Exigid algo mejor que la vuelta a la normalidad



Prólogo

El hombre había desaparecido en una plataforma aislada; la que estaba situada más al este, de hecho, en la línea 4°63', un anillo que nunca fue muy popular. Mossa tardó cinco horas en llegar hasta allí en carroferril, sola porque ninguno de sus colegas investigadores tenía disponibilidad, ni ganas, de emprender un viaje tan largo para algo que, casi con total probabilidad, sería una confirmación de suicidio.

La plataforma apareció en medio del remolino de bruma roja, y unos segundos más tarde el carroferril se detuvo en algo que apenas se podía llamar «estación». Mossa, a quien tampoco le había apetecido el largo viaje, lo había pasado en un sopor benevolente mientras contemplaba el horizonte gaseoso que parecía abstractamente estático y, a la vez, se movía sin cesar en unas pautas extrañas. Tras desembarcar, le costó encontrar el ritmo de conversación con la gente de la plataforma.

—¿Y ha dicho que estaba parado aquí mismo?
—preguntó.

—Así es —confirmó le habitante—. Miraba la niebla hacia el este. La gente lo hace a veces, no tiene nada de malo.

Mossa gruñó, sin estar del todo conforme. Sabía que, aunque ella no comprendiera el atractivo (si esa porquería no dejaba ver ni a un metro de distancia, ¿qué más daba lo lejos que el anillo tuviera que curvarse antes de la siguiente plataforma?), a otras personas sí que les atraería aquello. Pero si alguien se sentía emocionalmente proclive a encontrar significado en ese tipo de cosas, era bastante probable que esa plataforma intensificara su pesimismo. El metal abollado era casi escueto, solo lo cruzaba ese anillo solitario, y quizá fuera un efecto psicológico de las construcciones exiguas y la distancia desde cualquier punto habitado del planeta, pero allí los gases parecían fluir altos y se retorcían cual espectros a su alrededor como si la plataforma se hubiera hundido por debajo de la altura estándar.

A lo mejor había bajado. A juzgar por las rayas de oxidación en el reborde, el equipo de mantenimiento no visitaba el lugar muy a menudo.

—¿Y luego?

«¿Saltó? ¿Se cayó?». El parapeto que bordeaba la plataforma era de la altura reglamentaria, la suficiente para descartar cualquier accidente, excepto los más insólitos.

—Se dio la vuelta y entró en el bar.

Le habitante señaló el tramo de plataforma detrás del escaso voladizo que componía la estación, donde cinco edificios se congregaban en la atmósfera espesa: cuatro viviendas, con seguramente dos o tres casas separadas en cada una de ellas, y un bar con un piso encima. La tienda llegaría mediante carroferril, dedujo Mossa; una parada bien larga al final de la línea para permitir que les habitantes seleccionaran sus compras antes de deslizarse otra vez en dirección contraria.

—¿Ajá?

—Se tomó un gran desayuno. Su última comida, supongo —añadió le habitante con lúgubre satisfacción.

—¿Y luego?

La persona se encogió de hombros; el movimiento quedó atenuado por sus atmosfandas, tan envolventes que bien podrían llamarse mantones.

—No lo volví a ver.

—¿Cuándo se dio cuenta de que había desaparecido?

—Fue Ganal, la del bar, quien se percató. Como haría cualquier patrona que se precie. Cuando dijo: «¿Dónde está el extranjero de antes? El que vino en el carroferril de la mañana», todes nos pusimos a buscar. —Le habitante encogió los hombros—. Aquí no hay muchos recovecos donde esconderse, ni tampoco ha venido ni salido ningún carroferril, así que bueno. De un modo u otro, cruzó para allá.

Mossa y le habitante observaron desde la plataforma en silencio, contemplando la mezcla gaseosa que se retorció sin cesar apenas por debajo de ellos, apenas visible en el tenue brillo de las farolas de gas de la plataforma. Al fin, Mossa se giró.

—Tengo que hablar con la patrona.

—Estará en la cama ya, no me extrañaría nada.

Nadie quería ponerle las cosas fáciles. Mossa no ansiaba pasar más tiempo del necesario en ese trozo de grava (ni mucho menos pensaba dormir allí), pero al menos debía intentar descubrir qué había ocurrido con ese misterioso desconocido.

—Tendremos que despertarla.

Le colone se encogió de hombros, nada sorprendide.

—Pues más le vale comer allá. Para ablandarla, y así usted tendrá algo que hacer mientras espera a que ella diga algo con sentido. Se acostó hace un par de horas, ¿sabe?

El bar era más acogedor de lo que Mossa habría esperado; hileras apiladas de fuegos azules alimentados por tuberías ardían en una pared y unas alfombras bastante bonitas se amontonaban en el suelo y colgaban de las otras paredes. Un conejo se movía con torpeza por debajo de unas sillas en un rincón y una perdiz gorjeaba para sí en una percha elevada detrás de la barra.

Mossa no había querido la comida, reticente a quedarse más tiempo del absolutamente necesario, aunque también sentía un recelo profundo sobre la calidad del almuerzo. Se sorprendió al ver que lo disfrutaba.

—Alubias heredadas —dijo la patrona, asintiendo mientras se servía otra aguachirle de cafeína del termo—. No se llaman así por nada.

Mossa alzó la mirada hacia la mujer sin dejar de masticar.

—¿Cómo lo ha sabido?

La patrona alzó un hombro torneado.

—Por la cara que ha puesto, como si no se creyera lo que estaba comiendo.

—Están sabrosas.

La mujer señaló una jardinera con la cabeza.

—Las secuencié mi antepasada en un proyecto escolar. Lo encontramos enterrado en un alijo de datos que trajeron en la evacuación, junto con gigamontones de otras cosas inútiles. No encontrará el mismo perfil de sabores en Gigante.

—El resto también está bueno —comentó Mossa, más generosa por el banquete inesperado.

—Tiene que estar a la altura de las alubias. —La patrona bostezó y asintió—. Ahora que lo sabe, podría venir hasta acá de vez en cuando a comer.

Mossa asintió, aunque no creía que ansiase de nuevo ese sabor como para hacer un trayecto de cinco horas de ida y cinco de vuelta. Sobre todo si no tenía acceso a un carroferril de investigadores y debía ir en el público.

—Hábleme del extranjero —dijo. Depositó los cubiertos en la mesa con reticencia.

La mujer bostezó de nuevo, chirriando las primeras palabras.

—No hay mucho que contar. Entró y pidió el desayuno, puré de queso con judías verdes. Le pregunté de dónde era y dijo que de Valdegeld, pero con orgullo, ya sabe cómo son algunos, y empezó a soltar comentarios sobre lo muy importante que era allí por su trabajo, y saltaba a la vista que quería que le preguntaran más por ello, así que no lo hice.

—El rostro curtido de la mujer se ensanchó en una sonrisa, que desapareció con la misma velocidad—. ¿No cree que por eso se...?

Mossa reflexionó sobre la pregunta.

—Las personas que están satisfechas consigo mismas no tienden a suicidarse solo porque una desconocida no muestra interés en sus asuntos.

En general, las personas satisfechas consigo mismas tampoco saltan de plataformas aisladas sin un público. La evaluación del carácter por parte de la patrona quizá no fuera válida, pero...

Valdegeld. Al menos tenía un lugar por donde empezar. Mossa se fijó en que su deseo de regresar allí, los impulsos específicos de la memoria táctil y gustativa, estaban casi equilibrados con una fuerte reticencia emocional.

—Je, en eso tiene razón. —La patrona pasó un trapo sobre la barra por tercera vez y luego se giró para trastear con los controles del atmosfiltro, aunque Mossa no detectó ninguna anomalía en las proporciones que respiraba—. Supongo que pasé de él un poquito. Cada vez que le decía una palabra, su respuesta era sobre lo maravilloso que es Valdegeld, gran centro de aprendizaje y cultura y blablablá, que no es para nada interesante, o sobre lo maravilloso que es él, que me interesa menos aún. Así que lo dejé a su aire.

—Me parece lógico.

—Ya. Me puse a fregar los platos, preparé algo de desayuno para mí y para Loba, que suele venir antes de empezar el día. Cuando me giré, ya se había ido. Supuse que se fue a terminar lo que había venido a hacer

Pese a sus esperanzas, no parecía que la gente fuera hasta allí solo por sus judías verdes.

—¿Y cómo es que se dio cuenta de que había desaparecido?

Bostezo.

—Bueno, pregunté por ahí. No todo el mundo viene durante el día, pero al menos sí que veo a alguien de cada edificio de la plataforma, ¿sabe? Así que pregunté a quién había ido a visitar el extranjero y para qué había venido, pero nadie lo sabía. De vez en cuando, recibimos a poetas o gente joven que vienen solo porque esto está lejos de todo, aunque no muchos porque todo el mundo sabe que las plataformas en el 0°98' llegan mucho más al este. Así que, cuando salí fuera del bar, eché un vistazo por la plataforma, por si estaba, ya sabe, mirando al vacío o lo que sea que les guste hacer. Pero no lo vi. Fui a comprobar si había entrado algún carroferril privado; sin embargo, no había llegado nada desde el carroferril previsto de esa mañana. Y nos

habríamos enterado: todo da a la línea, así que no puede entrar nada sin que lo vea alguien. Luego pregunté un poco más adrede y nadie lo conocía. No pudimos encontrarlo. Y entonces enviamos el telegrama a los investigadores. —Una pausa—. Han tardado en venir.

Mossa comprendía el resentimiento periférico hacia el centro, pero no vio la necesidad de explicar por qué aquel asunto era de baja prioridad. Consideró rehacer las entrevistas con los habitantes de la plataforma, pero se trataba de una idea aguada. Si los lugareños le habían mentado a su patrona, seguro que no le dirían a ella la respuesta. A menos que la mujer mintiera, pero ¿qué sentido tenía mentir y no pedirles que confirmaran su historia?

—Qué triste —dijo la mujer. Se había terminado la bebida y volvía a servirse del termo—. Aunque nunca entenderé por qué alguien viene hasta aquí en vez de tirarse por su propia plataforma, molestando a otra gente. Aun así —volvió a sentirse culpable—, me imagino que no podríamos haber hecho nada.

—No, claro que no —le aseguró Mossa—. No podrían haber hecho nada.

No lo sabía con certeza, pero no había nada malo en decirlo. Y tampoco sabía lo que le había ocurrido

al desconocido, aunque tendía a pensar que no se había tirado por el borde del asentamiento hacia los gases monótonos y devastadores del planeta. O, al menos, si lo había hecho, no había sido por voluntad propia.

— oOo —

Como Mossa había usado un carroferril privado perteneciente al colectivo de investigadores para ese viaje, pudo partir cuando quiso. El vehículo era bastante cómodo, ideado para llevar a sus usuarios en largos trayectos obligatorios. Estaba bien caldeado y había té disponible; Mossa se enrolló en cojines y mantas y caviló. Había convertido los paneles de la pared en un guion gráfico para la investigación, con lo poco que sabía y lo que quería descubrir. Sin embargo, no necesitó analizar los detalles nimios de lo primero ni lo más amplio de lo segundo para averiguar a dónde debía ir. Y, cuando consideró quién podría resultarle útil allá, encontró enseguida el nombre óptimo, tentador e inconveniente.

Valdegeld. Y Pleiti.



Capítulo 1

Una fuerte tempestad giraba hacia la plataforma de la Universidad de Valdegeld mientras mi carroferril se aproximaba a ella. Volvía allí después de unas cortas vacaciones, con ganas de regresar a mis aposentos y mis estudios, así que observé el acercamiento de la tormenta con fastidio. La vi mucho antes de que nos atrapara en sus tentáculos y los cambios de presión tintaran la niebla de naranja, después de rosa, después de un intenso rojo, cada vez más oscura a medida que se acercaba a nuestro anillo, el famoso 1°02' que se detenía en la estación principal de Valdegeld, así como en Trubrant y en Yaste, la capital de Gigante. Hicieron falta tres transbordos para regresar de la plataforma agrícola de mis padres en un anillo mucho menos transitado y estaba cansada. El carroferril redujo la velocidad cuando las primeras gusts de viento lo hicieron temblar sobre su único raíl. Y entonces alguien debió de calcular que nos iría mejor ir corriendo a la

estación en vez de aguardar sans abris y aceleramos hasta superar el punto en el que las señales sugerían una aproximación ralentizada a la estación. Me preparé para un frenazo duro, pero la plataforma de Valdegeld es extremadamente larga y el carroferril encontró un punto de parada con tan solo un poco de brusquedad.

El vagón siguió balanceándose incluso detenido; la tormenta hostigaba la estación y empujaba carroferriles, niebla y, por lo que pude ver a través de la ventanilla, transeúntes. Observé la escena un momento, disfrutando del paisaje dramático: la bruma de la enorme perturbación que se movía a gran velocidad encajaba con la imagen romántica, lúgubre y augusta de Valdegeld, una imagen que aún me fascinaba incluso después de haberme convertido en residente oficial. Recogí la atmósfera, me colgué la cartera y me encaminé hacia la puerta.

Había un pequeño cúmulo de rostros en el quai (como pétalos en una rama, intervino mi Enseñanza Clásica, aunque no pudiera visualizar esos pétalos con exactitud), pero no esperaba que nadie me recibiera, con lo que no les lancé más que un vistazo superficial y me dirigí de inmediato hacia la salida de la avenida Supal. La miasma de la tormenta se enroscaba rojiza alrededor de los viajeros que

se apresuraban, de la puerta lisa de la sala de espera, del quiosco de té con ruedas y, de repente, de un rostro que apareció imponente de entre la penumbra.

—Qué onda, Pleiti.

Sonreí de forma automática y entonces me fijé. Durante un momento, sentí que regresaba en el tiempo, que era una estudiante de nuevo, saludada por mi mejor amiga después de una breve ausencia, pero no: era académica de Clásicas, una posición envidiable que, incluso dos años después, aún me parecía una cuestión de suerte increíble, y llevaba media década sin ver esa cara.

—¿Mossa? ¿Qué haces aquí?

—Ah. Bueno. —Mossa echó un vistazo a su alrededor—. ¿Podemos hablar en un lugar más privado?

Casi se me había olvidado que estábamos de pie en una de las estaciones más concurridas de Gigante.

—Pues acompáñame.

La llevé por Supal, que no había cambiado mucho desde que Mossa y yo fuimos estudiantes: las típicas farolas con florituras; las tiendas de té diseñadas para todos los gustos, desde tranquilas hasta escandalosas, desde básicas hasta exclusivas; las cabinas de rezo de muchas confesiones; las

pintorescas librerías especializadas en cualquier tema. Las tiendas ofrecían todo lo que un académico pudiera necesitar, desde gafas con aumentos hasta luces artificiales, mejoras táctiles, recipientes con varios estimulantes, grabadoras auditivas, amortiguadores atmosféricos para todas las partes del cuerpo, zumbadores hipnóticos, guías eruditas para la universidad y mecanismos chapados para recordar. El pavimento irregular de la calle crujía en cierto modo bajo los pies, antiguo y familiar, y se elevaba con brusquedad para alejarse de la estación; permitía que las distintas funciones antiestéticas de la vida en la plataforma se desarrollaran por debajo del nivel de calle. Eso no era necesario en plataformas más recientes, pero, cuando se construyó Valdegeld, la calefacción, por poner un ejemplo, se planteó a través de amplios mecanismos de vapor y turbinas, muchos de los cuales aún traqueteaban bajo los edificios encantadores de la calle y emitían nubes de vapor que se mezclaban con la variopinta bruma del planeta.

Habían extendido el tejado de la estación hasta donde nos encontrábamos, protegiéndonos de lo peor de la tempestad y ofreciendo una pizca de calidez, pero por delante una ráfaga de niebla amarilla indicaba el cambio a la universidad propiamente

dicha. Incluso Mossa, siempre tan contenida, hizo una mueca al ver la tormenta que ocurría en las altas torres de Valdegeld. Cruzamos a toda prisa la plaza abierta, mientras la perturbación agitaba las nubes de gas por encima y a nuestro alrededor, y nos adentramos en los callejones estrechos de la universidad.

Las calles, retorcidas e irregulares, se enterraban entre edificios elevados que se habían construido en el sinuoso estilo de hacía siglo y medio, una moda que, aunque ya pasada, aún ejercía una influencia tan poderosa en el imaginario popular que me emocionaba cada vez que alzaba la mirada hacia ellos. Fuimos por Potash Lane, una ruta un tanto indirecta hasta mis aposentos, pero más cobijada. Busqué, como siempre, la costura casi imperceptible donde las inconsistencias en la superficie de la plataforma seguían el chapado de un antiguo satélite, arrebatado de su órbita para martillearlo hasta aplastarlo. Me encantaba lo pintoresco de Valdegeld, sus detalles de reutilización y bricolaje, muy diferente de las plataformas más nuevas y uniformes hechas a partir de enormes fragmentos de metal de los asteroides. Un vistazo a Mossa, sin embargo, me reveló que sentía más frío que apreciación arquitectónica o, en todo caso, nostalgia, y apreté el paso para

llevarla a mis aposentos. Nos amontonamos en el arco de la entrada, le dirigí un rápido saludo a la conserje que se acurrucaba en la cálida portería y luego subimos las escaleras y nos apilamos en mi propia suite de académica.

Presioné de forma automática el encendedor para el fuego y unas alegres llamas azules cobraron vida.

—Qué horrible es este tiempo —comenté mientras me quitaba la atmósfera y extendía la mano hacia Mossa para poder colgar la suya. Me la entregó y empezó un lento circuito por la habitación para examinar los muebles y los accesorios, deteniéndose en la reproducción de un atlas clásico, un astrolabio cúbico alquibla, el grabado de un antílope. La observé mientras valoraba con presteza para mis adentros mis decisiones en cuanto a la decoración y la comodidad—. Bueno, pues —dije, para distraernos a las dos—. ¿Qué haces aquí?

Me complació ver que Mossa estaba un poco avergonzada.

—Pensé que sugerirías ir a un café o similar. Pero me alegro de ver tus aposentos. Las suites académicas son...

—Qué. Haces. Aquí.

Mossa parecía más incómoda aún.

—Es por trabajo.
Reflexioné sobre aquello.
—No he hecho nada malo.
Mossa puso los ojos en blanco.
—Buscaba tu ayuda.
—Ah. ¿Para qué? Espera. ¿Mi ayuda? ¿Qué tipo de ayuda?
Mossa suspiró y se aflojó la chaqueta.
—¿Te importa si me siento?
Le dirigí una mirada ceñuda, pero ella estaba igual de fría y mojada que yo.
—Ah, de acuerdo. Supongo que querrás un té, ¿no?
—¿Y escones? Llevo pensando en los de la universidad desde que tomé esta dirección.
Mi ceño arrugado se acentuó, pero me pasaba lo mismo. Toqué los botones para pedir.
—Bueno, ¿y qué?
Mossa tenía pinta de necesitar ese té de verdad.
—Ha ocurrido algo y nos cuesta entenderlo.
—¿Y crees que yo podré ayudar? —Mossa alzó los ojos hacia mi cara—. ¿Algo de Valdegeld? —Pero había mucha gente en Valdegeld; ¿por qué iba a acudir primero a mí?—. ¿Ha ocurrido algo relacionado con la facultad de Clásicas? —Yo era académica, sí, pero llevaba allí tan solo dos años y aún era muy

júnior—. ¿Necesitas que te presente a alguien de administración? ¿Al decano de Clásicas o al rector de la Universidad, quizá?

Les investigadores podrían haber acudido directamente a cualquiera de esas personas, pero a lo mejor Mossa prefería una ruta más oblicua.

—Quizá.

Se puso de pie de nuevo y empezó a deambular.

Tal vez no fuera algo relacionado con la universidad.

—¿O acaso hay un problema con el mauzoolo? —tanteé.

Mossa hizo una mueca.

—Dime, por favor, que no lo llamas así.

—Te diré que es mejor no llamarlo de esa forma cuando hables con el conservador principal, si es a él a quien necesitas.

—Poco conservará cuando todo está muerto —comentó Mossa y la taladré con la mirada.

—¿Vas a discutir las cuestiones más sutiles de la lingüística conmigo?

—¿Por qué no? Pensé —ahí su voz se tornó peligrosamente amable— que tu trabajo estaba relacionado sobre todo con los números.

Por suerte, en ese momento sonó la campana y fui al montaplatos a por los escones.

—Tarda más un plato de escones de la universidad en llegar —dije, depositándolos en una mesa baja delante del fuego— que nosotras en discutir. —Fui a buscar el azúcar, la canela, el cacao, el garam masala y el bote de miel y los añadí a la mesa. Mossa no dijo nada, aunque tampoco agarró un escón enseguida. Suspiré y me acomodé en los cojines a un lado de la mesa, señalándole el otro—. Oye, si hay algún problema con el mau... con el Instituto Koffre para la Conservación de Especies Terrestres, ¿no es eso más importante?

Tomé un escón dulce y, al cabo de un momento, Mossa me imitó.

La masticación requerida retrasó nuestra conversación unos minutos, algo seguramente beneficioso. El fuego crepitaba, las migas se derretían sobre mi lengua, en el exterior los gases se enroscaban y desenroscaban y el gigantesco planeta giraba en su rápida rotación. Mossa, al fin, tras haber ingerido todo su escón, agarró la taza de té, bebió y la depositó de nuevo en la mesa.

—Ha desaparecido un hombre.

—¿Desaparecido?

—Lo vieron en una plataforma remota ayer por la mañana y desapareció de ella a conciencia después de un intervalo en el que no llegaron ni partieron carroferriles, ni públicos ni privados.

—¡Radiación y recombinantes! —solté, tan sobresaltada que se me escapó la exclamación—. ¿Me estás diciendo que se tiró al planeta?

Mossa había aprovechado mi interjección para reclamar otro escón y espolvorearlo con canela; me miró con una ceja arqueada mientras masticaba el primer bocado.

—Has elegido un verbo exuberante. Pero sí, la suposición es que dio un paso adelante, saltó o...

—Lo arrojaron de la plataforma —dije, dejando mi escón a medio terminar. Recordé que había venido por un motivo—. ¿Lo conocía?

Me volvió a lanzar una mirada fugaz, sin embargo, para sorpresa de nadie, no respondió. Mossa contaría la historia a su manera; era parte de su método.

—Antes de sobrepasar el borde, le dijo a una persona que trabajaba en Valdegeld.

Hubo una pausa muy reveladora.

—Estaba muy pagado de sí mismo, ¿verdad?

Mossa lo confirmó con un asentimiento oblicuo y evasivo.

—Buscamos académicos de aquí que hubieran desaparecido, porque era demasiado mayor para ser un alumno, y conseguimos una descripción de quienes lo vieron, tanto en la plataforma como en

el carroferril que tomó para ir hasta allí. Estamos bastante seguras de su identidad. —Un gesto de desdén—. No ha sido nada complicado. Pocas personas tendrían ganas de visitar la plataforma donde desapareció. Pero no fue allí desde Valdegeld. El origen de su trayecto fue el Instituto de Conservación.

Aguardé durante su silencio pensativo, y entonces dije:

—Eso parece poco sustancial. No habrías acudido a mí solo por eso, así que me imagino que lo conozco.

Dirigió su mirada hacia mí y me pregunté qué posibles arcos narrativos elaborados la habrían distraído de mi presencia.

—Llegó al Instituto de Conservación directamente desde aquí —dijo, ahora con energía—. Está contratado en Valdegeld, en la facultad de Clásicas. Sí, supongo que lo conocías. Bolien Trewl.

No me acordé a tiempo del motivo melancólico para mencionarlo y no pude contener mi respuesta habitual que me provocaba ese nombre.

—Lo conoces y no lo soportas —declaró Mossa.

Intenté restarle importancia con un gesto, pero me rendí al ver que no lo conseguía.

—No lo soporta nadie... Quiero decir, ninguno de mis amigos lo soporta. Estoy segura de que tiene a sus panas.

—Eso espero —replicó Mossa con ligereza—. Me gustaría hablar con ellos. Pero antes dime por qué tu y otra gente no lo soportáis.

—Uf, ya conoces a ese tipo de persona. —Sonreí al ver la expresión impaciente en su rostro, que decía: «Lo sabré en cuanto me digas cuál es»—. Engreído. Cree que su investigación debería recibir la mayor consideración, y eso solo lo supera, quizá, su propia comodidad, gusto y trascendencia.

—Pero ¿su investigación es importante para él? ¿O solo es un medio para ganar importancia?

—Déjame pensar. Nunca he querido dedicar mucho tiempo a analizarlo. —Di otro mordisco, mastiqué, tragué y bebí un poco de té—. Creo que su investigación es, de un modo vestigial, importante para él. Es decir, creo que eligió ese ámbito porque cree en él, pero a estas alturas es importante precisamente porque él cree en él y no al revés. Y, de verdad, se pone muy pesado con ese tema, mucho más que con otros, aunque le gusta dar su opinión hasta en los asuntos más triviales. —Di unos golpecitos al plato que había entre nosotras—. La primera vez que lo conocí, en la primera semana que pasé aquí después de... Cuando regresé para ocupar el puesto de académica, me dijo que los escones de higos chumbos eran los

mejores, que seguro que me gustarían, que no valía la pena probar los demás.

Unos años antes, Mossa habría puesto los ojos en blanco para compartir esa comemierdería conmigo, quizá incluso hubiera espetado alguna crítica devastadora; pero en ese momento solo asintió distante, comprendiendo sin participar. Acabé por detestar profundamente su profesionalidad.

—¿Y cuál era su ámbito de investigación? —preguntó.

Tomé otro escón para compensar el agravio emocional.

—La altitud, creía que la altitud explicaba todo lo que había que explicar en la distribución de organismos. Uf, podía hablar durante horas de ello. Y debo decir —añadí mientras masticaba un trozo desmenuzado— que, aunque considerase otros ámbitos y eligiese ese por cualquier motivo, a estas alturas todo es por su mayor gloria y no creo que pueda oír ni una palabra en su contra.

—¿Qué más? —preguntó Mossa—. ¿Trabajaste con él?

—Por suerte, no. Seguramente hubiera ocurrido en algún momento, pero me las he apañado para estar en proyectos distintos. Sí que lo veía de vez en cuando. Estaba en otro edificio, aunque a veces iba

allí a cenar con una amiga o me fijaba en que estaba en una mesa. O en la estación, en la de aquí o en la del Instituto de Conservación... ¡Tempestades! ¡Si lo vi hace cinco días!

Mossa no se enderezó de repente, como pensé que haría, sino que solo alzó un poco los párpados.

—¿En la estación?

—En efecto —respondí, un poco contrariada por haberme dejado llevar—. Y, ¿sabes?, en ese momento me pareció que lucía un aspecto extraño. Pero tenía prisa, porque volvía del Instituto y debía emprender el viaje hacia la granja.

Eso al menos la impactó tanto que agarró la taza de té para dejarla de nuevo y alzar la tetera con tal de rellenar ambas tazas. Y su tono sonó afilado.

—¿Extraño en qué sentido?

—Parecía agobiado. Nuestras miradas se encontraron (¡no a propósito!) y se apartó, sin querer saber nada de mí. Ay, por todas las estrellas, iba camino a hacer algo desesperado, ¿verdad?

—Es muy posible. Pero ¿el qué?